

INFIERNO

Beebbit

El horror.

Ya no sentían. Ya no estaban. Ya no eran. Sólo fantasmas. Almas en pena condenadas por los pecados que no cometieron.

El río estaba cubierto de cuerpos calcinados, flotantes cual nenúfares de carne. Se estaban disolviendo como la sal en un agua que parecía petróleo. Una lluvia negra como el azabache agujereaba sus huesos como si fueran plastilina.

Hana siguió avanzando, presa del pánico, del desconcierto, de la desesperación y de la soledad. Una figura sin rostro, que avanzaba a torpes saltos sobre la pila de cenizas que cubría el suelo, se le acercó con los brazos extendidos. Aunque un retazo de irracional racionalidad en su secuestrada mente le advirtió de que podía ser un *jiangshi*, ella ni cambió su trayectoria ni aceleró el paso. Toda la vida que quisiera arrebatársela ya había desaparecido minutos ha. Sólo quedaba una carcasa vacía que andaba por mera costumbre.

A la luz de un antinatural destello azul que inundó todo el erial, no tardó en darse cuenta de que reconocía a aquel supuesto monstruo sin cara; y de que estaba estirando los brazos para evitar que la piel, que le colgaba a tiras, tocara el suelo. Aquel muerto viviente había sido Tadashi, su vecino. Tenía cinco años.

—A... ayuda...

Hana se giró lentamente y comprobó que, efectivamente, la mano que le estaba agarrando del tobillo no era una ilusión. Su dueño, tendido sobre los escombros, tenía las orejas derretidas, y sus ojos estaban desprendiéndose de las órbitas.

—Agu... a... gua... —graznó.

Su voz, nacida de unas entrañas a la vista, no daba ningún indicio de haber sido humana. Alguien había abierto las puertas al infierno, y arrojado a sus llamas a todos aquellos millares de inocentes. Esa era la única explicación plausible ante semejante carnicería, semejante suplicio, semejante atrocidad. Eso, si había alguna explicación plausible. Si alguien hubiera preguntado a Hana si creía que eso era el infierno, habría respondido que no. El infierno no podía ser tan malo.

—Señora Uchida...

Pero, justo mientras pensaba que sólo el peor de los demonios podría tener la llave del apocalipsis, vislumbró un helicóptero estadounidense perdiéndose en el horizonte...

—¡Señora Uchida!

La voz de la recepcionista arranca a Hana del pasado. A 50 años y millones de nacimientos después del infierno. El suficiente tiempo como para que el organismo estatal de gestión del paro, en cuya una de sus oficinas se encuentra, se llame “Hello Work”. No el suficiente como para que a Hana no le invada un escalofrío oyéndolo, como con todo lo que está en inglés.

La recepcionista, con su meliflua voz impregnada de pintalabios rancio y sus diminutos ojos clavados en los evidentes tumores de Uchida, explica lenta y claramente, como si se dirigiera a un animal:

—Por lo que consta en su expediente, usted no ha llegado a trabajar un periodo mínimo de seis meses ni tiene asignada una residencia permanente. Lamento comunicarle que, debido a la ausencia de ninguna actividad laboral en su historial, no está usted autorizada a solicitar ninguna subvención por desempleo... y mucho menos por jubilación.

Hana frunce su deformada boca en una fina línea. “No me habéis dejado hacerlo”, escupe sin palabras. “Como tampoco me dejasteis casarme, tener amigos o hijos. Nadie quiere contratar al infierno, nadie quiere casarse con el infierno, nadie quiere ser amigo del infierno, nadie quiere reproducirse con el infierno. Y vosotros no tenéis menos culpa que los americanos. Así, conseguís lo que queréis: que el infierno no pueda salir de nosotros.”

Cuando está a punto de preguntar si conoce algún comedor social que acepte *hibakushas* (que les acepte de verdad, no haciendo su estancia tan imposible que se vean forzados a irse), una náusea teñida de sangre se adelanta a su lengua.

La recepcionista se levanta de un solo salto que aplasta sus tacones, y, con el índice extendido como el látigo de un domador, brama histéricamente:

—¡Váyase de aquí! ¡¡¡AHORA!!!

Hana recoge sus pertenencias, no más que algún que otro rastro de su honor perdido; y abandona Hello Work. Al menos, ha dejado de tener delante ese *manga* que la

repcionista escondía furtivamente detrás del mostrador: un *shojo* de una quinceañera que va en busca de un futuro brillante a Nebraska.

Con el sangrado de sus desgarradas encías como recordatorio de una promesa tardía, avanza por el Puente Aioi con su bufanda raída ondeando cual cometa por el cielo; un cielo que aún la sorprende ver azul, y no rojo muerte.

—Ambos llevamos el infierno en nuestras venas —susurra, mientras acaricia los barnizados hierros—. Pero a ti te restauraron.

Hana posa sus ojos en el río Ōta, en sus aguas claras, ahora limpias de cadáveres. Su abrazo debe de ser frío, envolvente y estático. Plácido. Todo lo contrario al infierno.

Sin prisa pero sin pausa, arrastra cada uno de sus sobredimensionados pies sobre los alambres del puente, hasta que se alza de pie sobre la barandilla. Los gritos de centenares de transeúntes no se hacen esperar:

—¡Señora, no se tire!

Pero ninguna mano se alarga para sujetarla, y las súplicas no tardan en remitir. Pese a que la ciencia lo haya desmentido cientos de veces, la creencia de que la radiación es contagiosa sigue extendiéndose como un cáncer, tan silencioso e incurable como el de ella. Y un *hibakusha* menos es algo menos de infierno en el mundo.

Uchida cierra los ojos, y, cayendo en la misma posición de cruz del compasivo dios al que los liberadores del infierno adoraban, se pierde en la oscuridad del Ōta.

Mientras empieza a sumergirse, cree distinguir en las negras profundidades los cuerpos de su familia, de sus compañeros de clase, de su novio; de todas las personas que perecieron en aquella fatídica mañana de agosto de 1945, cuyo único crimen fue nacer en Hiroshima, y cuyo castigo no impediría al mundo de construir casi 15000 bombas nucleares más...

... ella también lleva muerta desde entonces.